

ESCRIBIR PARA NIÑOS Y JOVENES

Irene Vasco
Marzo 2011



En el comienzo

En las estadísticas de mi sitio web veo con frecuencia, y me causa mucha gracia, que una de las búsquedas es “fecha de muerte de Irene Vasco”. Aún no he podido dar la respuesta correcta a esa pregunta escolar. Lo siento por esos niños que no encuentran el dato para cerrar la tarea sobre mi biografía.

La fecha de mi muerte es apenas una de las tantas preguntas que hacen los niños.

La más frecuente, la clásica de los lectores cuando visito colegios y bibliotecas, es “¿a qué edad empezaste a escribir?”. Suelo contestar que desde muy niña. En principio puede parecer vanidoso y hasta mentiroso. Pero es la pura verdad. Mi mamá, cantante brasileña, llegó a Colombia al tiempo que la televisión. Allí dio impulso a programas para niños, en los que combinaba música, plástica, literatura, danza y títeres.



Mi mamá, Sylvia Moscovitz, congregaba en la casa a jóvenes artistas y entre todos se inventaban ese mundo mágico de la televisión en blanco y negro, que salía al aire sin grabaciones. Lo que sucedía en el estudio, era lo que se veía en las casas. Tres programas semanales obligaban a mi mamá a improvisar y a utilizar cuanto ayuda consiguiera. A mí me encontraba siempre lista, dispuesta a colaborador a la hora de escribir canciones, poemas, adaptaciones y cuentos para sus programas de televisión. Desde entonces se me metió el gusanillo de la literatura infantil, del que no me he podido desprender hasta ahora.



Mientras jugaba a escribir para la televisión, leía desesperadamente, desde comics y novelas ligeras hasta premios Nobel, sin fórmulas de juicio, sin disciplina, sin rigor. Leía todo lo que caía en mis manos y me llamaba la atención. Sigo leyendo así, para fortuna mía. Eso sí, siempre ávidamente y sin dar segundas oportunidades. Si algo me aburre, lo dejo. No me desgasto en lo que no disfruto.

Crecí en este creativo medio, rodeada de artistas y logré terminar un bachillerato poco productivo. Con vergüenza, debo confesar que crónicamente fui la peor alumna del salón, Me casé apenas salí del colegio. Intenté estudiar pero el antojo de tener bebés me alejó muy pronto de la universidad. Tuve a mis dos hijos mayores en los dos años que pasé por allí y nunca más volví. Sin saber nada de promoción de lectura fui madre narradora de tiempo completo de esos niños y de mi siguiente hija, sólo por compartir mi pasión por los cuentos, sin intención de formarlos. Se trataba de divertirlos... y de divertirme yo.

El aprendizaje

Viví varios en años fuera de Colombia. Era la mejor ama de casa que nadie jamás vio. Hacía tareas escolares con mis tres hijos, los llevaba a clases de karate, violín, natación, pintura, y cuanto curso me ofrecían, cocinaba deliciosos postres, veía telenovelas por montones para tener buenos temas de conversación con las amigas en las tardes de té. En fin, era excelente en mi oficio de señora de la casa. Eso sí, seguía leyendo con la misma avidez de siempre.

Tanto leer, tanto apasionarme, me condujo, casi sin darme cuenta, a mi olvidado interés de infancia: la escritura. Cuando mis hijos crecieron y dejaron de ponerme atención, volví a escribir, esta vez de manera más madura, más consciente de lo que hacía. Así que algo tardíamente, me lancé al ruedo gracias a la ayuda de mis amigos Gian Calvi y Lucila Martínez, quienes pusieron su confianza en mí.

Esto fue lo que sucedió:



A mi regreso a Colombia, en 1984, sin haber trabajado nunca, alguien me llevó, casi obligada, donde Gian Calvi, maravilloso ilustrador italobrasileño, pues él necesitaba un "copy" de medio tiempo para corregir su "portuñol". Desde que puse un pie en esa oficina, mi vida se transformó. Allí se hacían libros en pocas horas, se inventaban mundos, todo era posible. Por supuesto mi

amor por Gian, su esposa Lucila y su trabajo alrededor del libro para niños, la promoción de la lectura y la formación de lectores, fue inmediato. Ellos me metieron para siempre en este mundo y por lo pronto no pienso dejarlo. Nunca dejaré de agradecerles las alas que me regalaron.

Margarita Valencia, editora de Carlos Valencia Editores, decidida a apostar por los autores colombianos, me invitó a hacer parte de la colección que dirigía y así pude ver impresos mis primeros libros.

Luego, en 1988 abrí la Librería Espantapájaros, hace tiempo desaparecida. Allí me puse en contacto con lo mejor y lo peor de la literatura para niños y para jóvenes, es decir con todo lo que se producía en ese momento en el mundo. Editoriales como Anaya, Alfaguara y S.M. publicaban a los grandes autores europeos y americanos y los libros estaban al alcance de la mano de los lectores colombianos. Mi obligación era seleccionar, comprar, recomendar, ganarme la confianza de mis jóvenes clientes y de sus padres y vender. Este exigente oficio me obligó a leer con más sentido crítico y a aprender mucho sobre literatura infantil.





Durante algunos años hice parte del equipo de redacción de la Revista Espantapájaros y me di el gusto de escribir artículos cortos dedicados a los niños. Sentí que podía dar vida a textos de más largo aliento. Me aventuré entonces en novelas juveniles como *Paso a paso* y *Como todos los días*.

A pesar de sufrir una quiebra financiera, en los diez años de librería sustituí el paso por la universidad y me “gradué” como experta en literatura para niños y jóvenes.

Lo que más me gustó de esta época, fue descubrir, ya con ojos de estudiosa y no como lectora elemental, que las estructuras y los lenguajes de los libros para niños contienen los enigmas de la humanidad, plantean dilemas existenciales, sumergen al lector en ensoñaciones estéticas, sin caer en vulgaridades, personajes sin alma o lenguajes mediocres. Vi que en este sentido no hay ninguna diferencia entre literatura para niños o para adultos. La única diferencia está en el tratamiento de los temas y en la capacidad de comprensión de los lectores.

A la hora de crear

¿De dónde vienen las ideas para mis libros? No lo sé. Una vez Ana María Machado me dijo que “tengo muy buen oído”. No entendí al principio pues, aunque mi sueño era ser cantante como mi mamá, no puedo poner una nota en su lugar, soy terriblemente desafinada. Ana María me explicó que pongo mucha atención a lo que me cuentan, que grabo tonalidades, diálogos, historias y que las transcribo con facilidad. Creo que ella dio en el clavo.

Partiendo de sus palabras, noto que mis narraciones pocas veces nacen de mí misma. Por eso, cuando los niños me preguntan sobre “la inspiración” les revelo que “me copio”. Me miran asustados y entonces aclaro que no se trata de hacer trampa, que me copio del mundo, de las personas que conozco, de lo que cuentan, de la manera como hablan, para reconstruir ese material a mi manera. Tengo muchas dificultades inventando universos, pero soy muy rápida apropiándome de las vidas de los otros.

Uno de mis libros donde mejor se puede sentir esta copia es *Cambio de voz*. En los seis cuentos para lectores formados, saco del fondo del baúl las historias familiares que me han narrado los mayores. Las mezquindades de las tías abuelas, las angustias existenciales del tío borracho, los delirios religiosos de unos cuantos viejos, son historias muchas veces escuchadas, de las que fui tomando apuntes a medida que las oía y las volvía a oír. Me parecían tan interesantes que no podía dejar de compartirlas. Lo malo es que olvidé cambiar los nombres propios de los protagonistas y ahora en mi familia me ven como una intrusa que se adueñó de las vidas ajenas sin permiso.



Otros libros, como *Paso a paso*, *Medalla de honor* y *Mis 130 apellidos*, nacieron de manera parecida. Anécdotas y episodios de amigos crecieron y se transformaron en mis propias versiones, con personajes y situaciones, estas sí inventadas por mí. Mirando hacia atrás, pienso que eso es lo que más me gusta a la hora de escribir: darle vida a los personajes, bucear en su interior, vivir con ellos sus crisis existenciales.

En cambio soy incapaz de describir. Las imágenes se me escapan. Muchas veces intento dar un tono, un color más poético a mis narraciones pero me saben a artificial y termino por eliminar párrafos enteros de descripciones. Por eso mis libros suelen ser tan cortos, porque son económicos en palabras: se limitan a los hechos y las emociones y reflexiones de sus personajes, sin detenerse en el entorno físico.

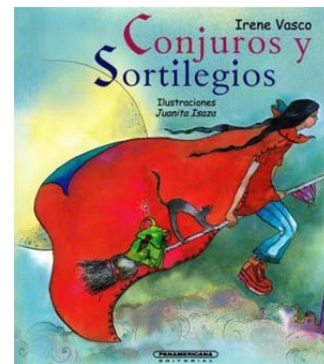
Las brujas y otros asuntos

Con frecuencia me tildan de bruja. Me gané ese título gracias uno de mis más antiguos libros: *Conjuros y sortilegios*.

Las recetas mágicas siempre son un éxito. Los niños se adueñan de ellas y creen a pie juntillas en el poder de las palabras rimadas. Cuando, en los encuentros de autora me hacen la otra consabida pregunta de “¿cuál de tus libros es el favorito?”, me debato entre varios pero termino por regresar a mis *Conjuros*.

¿Por qué? Tal vez porque es el más fácil para jugar. Como buena promotora de lectura, sé que tengo que atrapar a auditorios a veces muy exigentes por la diversidad de edades y por el número de participantes. La magia siempre funciona y me permite ponerme en contacto con el público para poder leer y comentar otros de mis libros más densos.

Definitivamente la magia y las brujas me gustan. Como homenaje a La pequeña Lulú, una de mis lecturas favoritas de todos los tiempos, di vida a un personaje algo disparatado: la bruja Ágata. En un principio hizo parte de la Revista Espantapájaros, tan desaparecida como la librería.



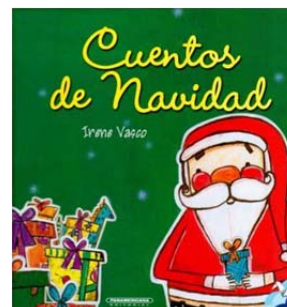
Luego Ágata creció y tuvo su propio libro, *Sin pies ni cabeza*, ilustrado de manera magistral por Ivar Da Coll. Es una lástima pero siento que el tema de las brujas no funcionó tan bien en este libro. Me encanta el pretexto, juguetón y absurdo. A los niños también les gusta este juego surreal. Sin embargo la estructura narrativa de la historia no quedó fuertemente amarrada y la trama se me enredó sin conseguir darle un buen remate.



En cambio creo que logré una buena dosis de realismo mezclada con fantasmas en *Las sombras de la escalera*, el libro que más trabajo me ha costado hasta el momento. Lo reescribí cinco veces, de principio a fin, contando siempre la misma historia pero buscando que sonara coherente, convincente. Esta combinación de vida cotidiana de un niño muy real, en un entorno escolar y familiar muy reales, con presagios, aproximaciones a la muerte, y mundos paralelos, surgió en un momento difícil de mi vida y me ayudó a enfrentar mis propias sombras.

Cuando comencé a crear al personaje, a Roberto, el protagonista, pensaba más bien en algo divertido. La idea original era la que muchos años más tarde utilicé para *Simón quiere perder el año*, es decir la de un niño que se enamora de su profesora y que decide repetir el año para quedarse con ella. Sin saber cómo ni cuándo, el libro tomó un rumbo muy diferente sin que yo lo pudiera atajar. Fue culpa del libro, no mía. De todas maneras lo agradezco. Esta es una de mis historias favoritas, aunque suene pretencioso.

Por otro lado, la navidad me encanta, siempre me ha gustado, quizás por lo mágico de su protagonista: San Nicolás o Papá Noel. Así que me valí de mi fascinación para darle una vida un poco más familiar, con esposa, problemas de peso y dificultades con su trabajo. El resultado fue *Cuentos de Navidad*, un libro que me permite acercarme a los niños y realizar sabrosos talleres en bibliotecas y otros espacios dedicados a la lectura. Cuando digo sabrosos, es literal, pues los talleres llevan incorporadas recetas coloridas que disfrutamos grandes y pequeños.



Los libros sobre Colombia

Fue a partir de los viajes por territorios lejanos que nació mi inquietud sobre lo que pasa actualmente con los niños colombianos, quienes crecen sin conocer ni entender a su país. Es triste pero la verdad es que no tienen referentes ni identidad. Los habitantes de una región no saben lo que sucede ni cómo se vive en los otros lugares. Ahí arrancó mi preocupación por crear libros sobre temas colombianos para niños que necesitan una identidad propia, especialmente en esta época en que son bombardeados con imágenes y personajes estereotipados y multiplicados por la televisión y el internet.

Como un esfuerzo inicial, quise crear una colección sobre artistas antioqueños. Pretendía que se hicieran ediciones enormes y económicas, para que todos los niños del país tuvieran acceso, pero esos son sueños de los que voy aterrizando poco a poco, mientras me conformo con pequeñas ediciones mientras tanto. Inventar proyectos de

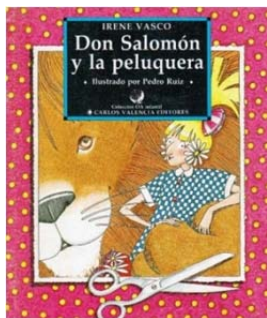
divulgación popular es un trabajo totalmente romántico y el país aún no está listo para algo así.



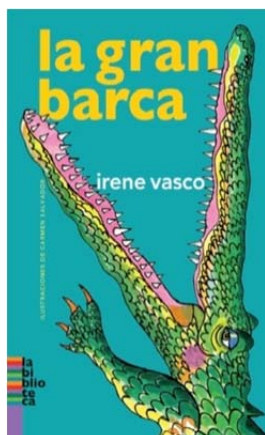
Por fortuna las celebraciones del Bicentenario de la Independencia despertaron el entusiasmo de las editoriales y pude publicar tres libros dedicados a la historia, la geografía y la cultura del país: *Lugares fantásticos de Colombia*, *Ciudades históricas de Colombia* y *La Independencia de Colombia: así fue*. Me da mucho placer visitar escuelas y bibliotecas, encontrándome con niños, maestros, padres y bibliotecarios, que disfrutan este material y se reconocen entre sus páginas.

Animales grandes para los más pequeños

Entre los temas clásicos de la literatura infantil, no pueden faltar los animales. Me encanta escribir este tipo de historias pero me producen mucha inseguridad.



Mi primer libro de esta naturaleza fue *Don Salomón y la Peluquera*. Dos maravillosos artistas lo ilustraron en sus distintas publicaciones: Pedro Ruiz y Esperanza Vallejo. Confieso que lo que realmente me gusta de ese libro son las imágenes, más que mi texto. Dicen que a los niños les encanta pues es en verso. Una vez más, como buena promotora, siento que lo que atrapa a los pequeños lectores es el ritmo, la reiteración, la musicalidad de las palabras y no tanto la historia. En fin... es sólo mi apreciación. Es difícil juzgarme a mí misma.



Mi último libro, *La gran barca*, escrita después de años de haber abandonado el tema animal, recrea, a mi manera, la narración bíblica del Arca de Noé. Fue divertido hacerlo. Fue interesante sentir que podía retomar este filón literario aunque mi verdadera preferencia continúa del lado de los personajes de carne y hueso.

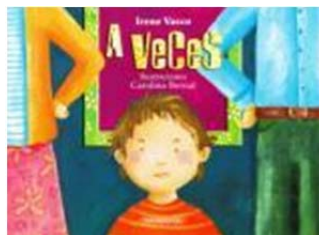
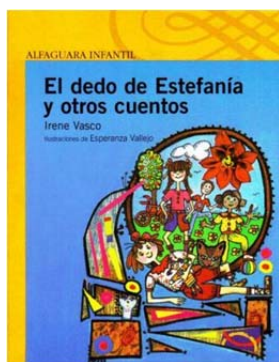
Por ello preparo actualmente una serie sobre un niño de nueve años, *Jero Carapálida*. Se trata de episodios familiares, con mucho humor, tipo caricatura. Mi compañera de aventura es Juana Medina, una joven ilustradora colombiana a quien no conozco en persona pero que se ha comprometido con la serie de *Jero* como si fuéramos amigas de toda la vida.

¿Claves, códigos, estilo?

Una vez, en un encuentro con lectores de un colegio, una estudiante me preguntó por “mi estilo”. Confieso que algo tan académico me asustó. Nunca se me había ocurrido que yo tuviera un estilo y que ese fuera tema de estudio en un salón de clase.

Desde entonces cada vez que escribo un libro para niños o jóvenes, me pregunto yo misma si estaré siendo fiel a mi estilo. Termino por asumir que definitivamente no tengo ninguno. Son las historias las que tienen su estilo propio y lo que busco al escribir es renovarme a mí misma, intentando no caer en estereotipos ni fórmulas. Muchas veces me han propuesto escribir el tomo dos de *Conjuros y sortilegios* o de *Paso a paso*. Eso es algo que está por fuera de toda consideración. No sólo opino que las continuaciones son flojas, aburridas y reiteradas, sino que como creadora siento que esas son etapas pasadas.

Si no me reinventara cada vez, a veces con mejores resultados que otras, no tendría sentido para mí escribir. Pasar de novelas juveniles a libros documentales, narrar historietas para los más chiquitos, intentar por el lado de la fantasía, todos son búsquedas. Voy trazando proyectos a medida que pasan los años, pero sin un rumbo preestablecido. Los temas aparecen y los tomo o los dejo. Tengo cuadernos y cuadernitos llenos de anotaciones, ideas y proyectos de libros. De todo este material poco se convierte en publicaciones ¡por fortuna! No tengo afán. Lo que me mueve es el espíritu creador.



Entre tantos apuntes y borradores fallidos, pude rescatar dos libros para niños chiquitos: *El dedo de Estefanía y otros cuentos* y *A veces*, cuentos que me sacan de apuros cuando en la audiencia de una biblioteca tengo lectores que apenas asoman sus narices a los libros. Estos son libros ilustrados con textos muy cortos, pero no son libros álbum. Aún no he podido encontrar a un ilustrador cómplice que quiera realizar un proyecto a cuatro manos conmigo. Es un objetivo muchas veces intentado y hasta ahora no logrado. ¿Hay algún candidato por aquí?

Escribo despacio, a un ritmo que tiene que combinarse con viajes por todo el país dictando talleres alrededor de la formación de lectores y productores de textos, trabajo que me fascina y que me enseña. Paso de grandes ciudades a veredas y caseríos para encontrarme con maestros y bibliotecarios que buscan herramientas para mejorar su trabajo. Al tiempo que despliego una biblioteca ambulante y una imprenta manual para hacer crear libros artesanales, aprendo sobre culturas y lenguas, mientras hago amigos por todas partes. Entre

tanto me encargan traducciones del francés y del portugués que sólo acepto si es de un libro que realmente me interesa.

Si lo que escribo es bueno o malo, no está en mí juzgarlo. Confío en que mis editores no me dejen publicar algo inferior. Espero también que nunca se me acaben las historias. Si no tengo en mente algún proyecto, me siento vacía. Lo importante es crear personajes y mundos más allá de la vida cotidiana. Es mi manera de sobrevivir a lo real, a veces difícil, y hasta ahora ha sido una maravillosa manera. Se la recomiendo a todos.

